

FRAY LUIS DE LEON: PSICOSOCIOGENESIS DE SU OBRA

(En el cuarto centenario de Los nombres de Cristo: 1582 - 1982)

Por Prof. Javier Ciordia

Propósito:

Un estudio de psicocrítica implica tantos distinguos y matizaciones que, difícilmente se puede tomar muy en serio. No obstante, nos aventuramos, en una tentativa casi ingenua, a bucear en este sentido. Parto para ello del principio-creencia de que toda creación literaria arraiga, de algún modo, en la psicología del hombre y, por lo mismo, en la sociedad en que se crea. Esto significa dos cosas: primera, que toda creación literaria es un espejo en el que se puede leer, no sólo la conciencia, sino el inconsciente mismo del autor; segunda, que este espejo refleja también, en alguna medida, la circunstancia histórica. Y esto ocurre, no porque el escritor se lo proponga, ni porque elabore unas estructuras conceptuales para aprehender la realidad, sino, porque al vivir inmerso en ella, se convierte, aun involuntariamente, en antena de la misma y recoge sus ondas. En otras palabras: que toda obra literaria aporta siempre contenidos autobiográficos y sociográficos o contextuales. Estimo que los famosos "tests" proyectivos de Roschard no tienen otra fundamentación. Con esto, naturalmente, no pretendo sugerir una identificación absoluta entre literatura y vida, ya que ello supondría la negación de la libertad, en una grosera atribución genética del "post hoc, ergo propter hoc", sino la existencia de unos condicionamientos reales.

La literatura no es, ciertamente, un efecto necesario de la vida, pero ésta la condiciona. Por otra parte, el hombre que está en la obra, no es todo el hombre; sino que, por encima de él o más allá de él, existe el hombre de la calle y la vida cotidiana: el hombre que día a día se va creando a sí mismo en la refriega de los intereses, en la contradicción o en la esperanza.

Junto a este principio del condicionamiento se puede señalar otro complementario, pero inverso: el de la autogénesis. Porque, si bien detrás de toda obra hay siempre alguien, también toda obra es autora, ya que uno "se hace a sí mismo al hacerla"<sup>1</sup>. En términos más directos: que el artista no sólo es padre, sino hijo de su obra. De cualquier modo, el enlace entre el hombre y la obra resulta inevitable. Mas no es desde esta segunda perspectiva desde la que voy a enfocar la creación poética luisiana, sino desde la primera. Lo que me interesa, propiamente, es averiguar las condiciones psicosociogenéticas de sus Odas. Estas constituyen con La perfecta casada y Los nombres de Cristo la quintaesencia de su espíritu, vinculado tanto con el mundo semita, como con el clásico romano. De La perfecta casada afirmaba K. Vossler que "su hermosa prosa contiene más poesía que todos los innumerables epitalamios que se produjeron en la literatura occidental durante el Renacimiento y el Barroco"<sup>2</sup>. De Los nombres de Cristo se puede muy bien decir que, en su donoso afán de cristificar a Horacio y a Virgilio, para hermanarlos con la Biblia, representan el exponente máximo del humanismo cristiano.

Porque, efectivamente, dichos nombres constituyen uno de los más hermosos despliegues y consorcios entre la triple tradición clásica, hebraica y cristiana. Diríase que su pretensión se cifra, exclusivamente, en un punto: el de alcanzar la esencia de lo crístico. En este sentido, preludian de algún modo, la visión de Teilhard de Chardin. Su cristología, como la de éste, se halla impregnada por esa energía del "medio divino" que imanta las cosas y las cristifica. Por ella Los nombres se convierten también en un viejo Himno del Universo. Pues, si para Teilhard Cristo es el "alfa" y la "omega" del cosmos, también lo es para Fray Luis, que lo califica de "pimpollo" de la creación. Y, si lo califica así, no es únicamente, porque perciba el cristocentrismo cósmico, sino porque "el fin para el cual fue fabricada toda la variedad y belleza del mundo fue para sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o por mejor decir, este juntamente Dios y hombre que es Jesucristo"<sup>3</sup>; es decir, por el finalismo cristificante.

"Toda la variedad y belleza del mundo...". Sí, Fray Luis se sentía hondamente impresionado por el cosmos y su misterio. Lo admiraba; más: constituía para él un objeto de asombro y sorpresa. En su amplia cultura, lo percibía estructurado matemática y musicalmente, en su maravilloso sincretismo dinámico, lleno de correspondencias neoplatónicas, pitagóricas y cristianas. Diríase que su cosmovisión entraña, como intuye Macrí, una cierta "humanización de la naturaleza"<sup>4</sup> e, incluso, una epifanía crística, como la imagen del "pimpollo" lo sugiere,

ya que éste aparece en la tierra, como resultado de "un anhelo, de una catarsis, de un ascensus de la especie humana, al tiempo que como configuración de todas las esencias y de todos los universales platónicos (paz, belleza, justicia, verdad ...), a los que tiende, como a su propio fin, nuestro ser. De aquí, esa dimensión de aureola genesiaca con que nos presenta el mundo, al que Los nombres celebran y cantan, con tonalidad casi épica, cual si se tratara de un "himno vertical y absoluto"<sup>6</sup>.

#### Las antítesis luisinas:

Pero, una vez señalado todo esto, indico de inmediato que, tanto como una glorificación, la obra luisiana adolece de un significativo resentimiento y de un muy marcado autobiografismo espiritual. En la obra de Fray Luis hay hendiduras que suponen, sin duda, una dicotomía interior. Esta se vislumbra en la ambivalencia de sus actitudes y sentimientos. Así, frente a la esperanza, surge la decepción; frente a la confianza en la armonía cósmica, por la que concibe el universo como una inmensa cítara, en la que cada uno concuerda - "concordia discors" - para crear una grandiosa sinfonía, la desconfianza en la "civitas" terrena; frente al optimismo cosmológico, un insobornable pesimismo en política; frente al cielo, la tierra; frente a la entrega, la evasión. En lo íntimo de su ser Fray Luis se siente estafado. Y, si busca el cielo, no lo busca como plenitud de la experiencia de la creación, sino como liberación y como fuga de la tierra

Lo que hilvana la trama de sus libros son sus emociones por encima de cuyo aparente bucolismo campean la ansiedad, la nostalgia, la angustia y una sed de armonía y de unión para la que no encuentra su agua. La obra de Fray Luis nos revela un cardiograma de contradicciones y desgarramientos. Así, junto al velado mito de Orfeo, que permea tantas de sus páginas, subyace Job: ese Job comentado por él durante su reclusión inquisitorial; ese Job que se nos ofrece como su diario íntimo y como el subjondo y el subsuelo de Los nombres, con el que se identifica Marcelo, su doble en esos diálogos por las riberas del Tormes salmantino. Posiblemente, por eso, Job es el libro más auténtico de Fray Luis.

Pero las antítesis prosiguen: junto a la convicción de inocencia, las crisis de remordimiento y de culpa; junto al menosprecio de sí mismo, el complejo de víctima; junto al brío, la sensación de agotamiento; junto al impulso, que le lleva a afrontar los obstáculos con dignidad y coraje, la necesidad incoercible de evasión y reposo. Ciertamente, Fray Luis se nos proyecta como un ser contradictorio y antitético, como un equilibrio tenso entre la arrogancia y la humildad, que diría Bell<sup>7</sup>, entre el espíritu de objetividad y el subjetivismo racionalista. Busca la verdad y la hambrea, pero imagina, resentidamente, que "la verdad engendra odio". Es un crítico pertinaz y, no obstante, desea actuar como conciliador. Admira y canta la moral horaciana, que se cifra en la "aura mediocritas" y, sin embargo, reacciona

una y otra vez como un inconformista a ultranza. Ama la paz, pero se mueve, como en su elemento propio, en el ámbito de aquel termitero de intelectuales, que fue la insigne universidad salmantina de su época. Y he aquí la pregunta que a todo buceador de su obra le asalta de pronto: ¿De dónde procede esta complejidad de actitudes: de su temperamento o de su vida? Las dos explicaciones se han surgido; las dos se deben examinar.

### Explicación de las antítesis:

Naturalmente, algunos luisianos estiman que la razón de tales actitudes radica, fundamentalmente, en su temperamento. Tal es, por ejemplo, la opinión de Macrí, quien lo cataloga de neuropsicoasténico constitucional; es decir: "frágil, emotivo, de pensamientos oscuros, taciturno, severo, solitario..."<sup>8</sup>. Pero se podría añadir, igualmente: reconcentrado, férreo, combativo, enérgico, fiel, impetuoso, atrevido... Hay en él aires de castellanidad y aires de semitismo. Un pintor de la época, Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, lo dibujó así:

"En lo natural fue pequeño de cuerpo, con la debida proporción; la cabeza grande, bien formada, poblada de cabello algo crespo; el cerquillo cerrado; la frente espaciosa; el rostro, más redondo que aguileño; trigueño el color; los ojos verdes y vivos. En lo natural, con especial don de silencio, el hombre más callado que se ha conocido, si bien, de singular agudeza en sus dichos; de mucho secreto, verdad y fidelidad; puntual en palabras y

en promesas; compuesto, poco o nada risueño. Leíase en la gravedad de su rostro el peso de la nobleza de su alma; resplandecía en medio de esto, por excelencia, una humildad profunda; fue limpiísimo, muy honrado y recogido, gran religioso y observante de las leyes... Con ser de natural colérico, fue muy sufrido y piadoso para los que le trataban"<sup>9</sup>.

Por estas pinceladas, de las que emergen con toda precisión los contornos de su silueta, me parece averiguar en él, más que a un poeta, a un hombre para implantar justicia; un alma forjada al temple; una inteligencia que se mueve entre la severidad y la discreción. Nada de escrúpulos ni de masoquismo espiritual, sino decisión, atrevimiento, fuerza... La objetividad con que desarrolla temas tan vidriosos como el erotismo del Cantar de los cantares y la conducta de la mujer casada dan prueba de ello.

Por mi parte, pues, tiendo a pensar que lo inarmónico y huraño de su carácter se debe, más que a su constitución hereditaria, a la agresividad del contexto histórico inmediato en que le tocó vivir. Esto fue lo que lo hizo resentido. Su aspiración a la conciliación y a la armonía no se debió, por tanto, a que era inarmónico por naturaleza, sino a que su experiencia existencial lo fue. La actitud que se despliega, a veces, en sus escritos nace, en parte, de la exigencia de su misión ante la verdad y la justicia. Como ha escrito Vossler:

"No es en el ataque, sino en la resistencia y en la defensa donde se desarrolló toda la fuerza de su personalidad"<sup>10</sup>.

La "ñudosa carrasca" que arraiga en la hendidura de la aridez rocosa, no resalta por la hostilidad, sino por su firmeza inquebrantable ante los embates. Sus accesos de ira, su irritabilidad, sus pleitos, no son tampoco manifestación de un natural pendenciero, sino signos de protesta y de contestación ante el orgullo de los que lo acusaban y contra la hipocresía de unos jueces inquisitoriales que incitaban al "brazo secular" a que ejecutara la última pena, en términos de benevolencia y de clemencia cristiana. Fray Luis fue, sin duda, un gran protestatario. Pero las distorsiones de la justicia agriaron y desjarretaron su propensión al equilibrio. De las observaciones de Pacheco y de sus mismos autorretratos se desprende que, más que a la intriga, tendía a la introversión, a la taciturnidad, a la serena melancolía. Le placía vivir en el anonimato y el silencio. Los nombres de Cristo, cuyos interlocutores constituyen, según tesis de Vossler, un triple desdoblamiento de sí mismo, poeta, teólogo y exégeta, aunque a mi juicio son, más bien, una transposición de sus amigos en las aulas y en la cárcel, Alonso Gaudiel y Gaspar del Grajal, lo transparentan como un temperamento apacible y ponderado. No cabe duda de que entre esos tres interlocutores - Marcelo, Juliano y Sabino -, su voz es la de Marcelo. Pues bien, a éste lo describen Los nombres como meditativo, silencioso, melancólico, asombrado. He aquí una secuencia muy reveladora. Habla Sabino y dice:

- Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece y debe ser condición de espíritus de entendimiento

profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo el verde, deseo cantar.

- Bien entiendo por qué lo decís - respondió al punto Marcelo -, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjarme o por consolarme, sino cualidad de edad y de humores diferentes, que nos predominan y despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía.<sup>11</sup>

Tras esta cita, arriesgo una primera tentativa de interpretación psicocrítica: lo más espontáneo en la obra luisiana no consiste en lo que en ella hay de amargura, de victimidad masoquista o de rabieta, sino en lo que transpira de placidez y de naturalismo bucólico. De no haberse visto envuelto en los enredos inquisitoriales, su temperamento emotivo, se habría encauzado, posiblemente, hacia la armonía de la verdad, de la belleza y de la justicia.

Pero la psicología de una persona no la determina únicamente el temperamento. El psiquismo se hace. Y se hace, fundamentalmente, a partir de tres factores: la herencia, el medio ambiente y la libertad. Un antropólogo cristiano añadiría también la gracia.

A mi modo de ver, la obra de Fray Luis ostenta, en este sentido, una marcada connotación autobiográfica. El proceso inquisitorial a que fue sometido durante casi cinco años - 27 de marzo de 1572 al 11 de diciembre de 1576 -, por un conflicto de exégesis erudita y agustinismo, que pudo parecer peligroso por

causa de la Reforma, condicionó su carácter y su obra. Para comprender este condicionamiento resulta inevitable conocer el por qué de su proceso y el qué de la causa. Respecto a ésta, se le acusó, básicamente, de tres cosas: la primera, de haber defendido que la exégesis rabínica del Antiguo Testamento podría ser tan verdadera como la de los Santos Padres e, incluso, que la interpretaban más rectamente, ya que los SS.PP., por ignorar el hebreo, no lo comprendieron bien. En segundo lugar, se le acusó de haber sugerido que el texto de la Vulgata de San Jerónimo estaba plagado de errores filológicos y que había que corregirlos. La tercera inculpación se refería al hecho de haber afirmado que en el Antiguo Testamento no se contienen promesas de inmortalidad y de vida eterna. En otras palabras, se le acusó de judaizante: de preferir el hebraísmo bíblico, porque por sus venas circulaba sangre semita. De esta manera-cosa que por desgracia no fue infrecuente en aquella época<sup>12</sup>, se confundía una cuestión religiosa con una cuestión fisiológica, indentificándose la pureza de la sangre con la pureza de la fe.

Ante este atropello espiritual, maquiavélicamente sostenido por sus detractores de Orden y de Escuela, los dominicos León de Castro y Bartolomé Medina<sup>13</sup>, Fray Luis se volvió defensivo y justificador.

Ni él, ni sus jueces, ni sus acusadores mismos estaban convencidos del crimen de herejía. Por eso, sus protestas contra la dilación "kafkiana" de su proceso y contra el sabotaje

planificado del mismo, fueron constantes. Pero, no se quejaba sólo por él mismo, o por su inocencia ultrajada, sino, más particularmente y sobre todo, "porque también es daño de la religión y de la fe el estar presos y con mal nombre los que son católicos"<sup>14</sup>. Es decir, se lamentaba de las vilezas teológicas de la Inquisición, pues, como él mismo arguía en la respuesta a sus émulos, en 1573, destruir la verdad es "un mal común, y su reparo es honrar a Dios, que es padre de la verdad y merecedor único de todo lo que de veras es honra y gloria"<sup>15</sup>. Así, pues, al autodefenderse, defendía a Dios, si bien, respecto a sí mismo se sabía ya sin remedio, reconociendo con toda claridad que lo habían destruído moralmente: "Por lo que toca a lo particular de mi persona -declaraba-, me han destruído"<sup>16</sup>.

En cuanto a la conceptualización que los jueces se hacían de su caso, Macrí ha constatado que "desde el conjunto de los documentos procesales hasta la sentencia absolutaria . . . . ., los jueces no estaban íntimamente convencidos de la sustancial herejía de nuestro autor ni de su peligrosidad en el campo estrictamente dogmático"<sup>17</sup>.

De la malignidad y de la intriga de sus acusadores son síntomas claros, tanto su obstinación implacable, cuanto el recibimiento apoteósico y casi mitificante con que lo agasajó la universidad salmantina después del veredicto de inocencia. Apoteosis justificada, ciertamente, pero que no le resultó del todo benéfica; porque, mientras el aplauso y el reconocimiento lo afianzaban en sí

mismo y le restituían la salud moral, se tornaba también más polémico y más ironizante y, además, porque mientras se convertía en ídolo estudiantil, crecía, igualmente, su intransigencia, llegando, incluso, a alzarse como signo de contradicción y de bandería. En este sentido, le ocurrió textualmente, lo que apunta Gregorio Marañón respecto al resentido, a saber: que, aunque finalmente triunfe, y se le desagравie, y se le reconozca, y se le aplauda, jamás se le suturan y se le cicatrizan del todo las heridas que la refriega de la vida le infirió.<sup>18</sup> De este modo, su triunfo no constituyó un verdadero éxito, puesto que no le sirvió sino para engreírse más, y más provocadoramente; tanto que, con motivo de otras discusiones cristológicas en los mismos claustros universitarios, fuera de nuevo acusado ante la Inquisición.

Pero, llegados a este punto, cumple que nos preguntemos: ¿Qué significó la cárcel para Fray Luis? La contestación me parece evidente: la prisión fue para él una realidad diacrítica. Le hizo bien y le hizo daño. Bien objetivo y daño subjetivo. Bien, porque salió de ella con una gran obra. Daño, porque le produjo un gran resentimiento. Su tendencia hacia el estoicismo se convirtió, a partir de este episodio, en estridencia e, incluso, en estridencia trágica. Porque Fray Luis llegó hasta el punto de compadecerse a sí mismo y de sentirse lástima; más, asco, como lo testifican sus glosas al libro de Job. La noche lo invadirá con sus insomnios infernales, llenos de turbulencias y de rabias, de pesadillas y de fiebres. Entonces, la vida le parecerá una "cosa oscura y tristísima". Se le marchitará toda ilusión. El sufrimiento

le irá minando la esperanza humana. Fray Luis se irá suicidando moralmente. La aparente ataraxia de sus versos, que semejaban antes un recetario filosófico, se trogará ahora en grito clamoroso y dolorido; un grito existencial: el grito del inocente castigado. Fray Luis será un Job.

Pero al mismo tiempo, la cárcel le brindó algo muy apetecido: el ocio, la vacación del espíritu para el disfrute de la creación literaria, la dedicación a su obra. En la introducción a Los nombres de Cristo escribe:

Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa, me fue estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución, no me parece que debo perder la ocasión de este ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto.

Este ocio, no sólo le procuró creatividad, sino también, en ocasiones, complacencia interior, como lo indica en la dedicatoria del salmo 26 - "Deus illuminatio mea est...", uno de los más creadoramente traducidos por él y con el que a todas luces se identifica. Declara al respecto:

Entonces gozaba yo de tal quietud y alegría de ánimo, cual ahora muchas veces echo de menos, habiendo sido restituido a la luz y gozando del trato de los hombres que me son amigos<sup>20</sup>.

Fruto del mencionado sosiego carcelario son, sin duda, muchas de las páginas de Los nombres, que parecen haber

sido escritas desde la plenitud del ser y de la bienaventuranza. Pero tanto como ellas, son producto suyo los gritos desgarradores del no-ser y de la abisal congoja de su Job.<sup>21</sup>

De todos modos entiendo que los momentos de luz no fueron tantos como los de tinieblas, ya que Fray Luis experimentó la liberación carcelaria como una acción de Dios realmente salvífica. En este sentido, se encuentra una descripción, por demás sugestiva y conmovedora, al final de Los nombres de Cristo. Se trata en ella, sin duda, de una proyección y transposición simbólica de su mundo interior. Me refiero a la escena maravillosa-nunca su pluma fue más plástica-, en que presenta a un pajarillo retozón y gozoso que ramea por los arbustos de la orilla del Tormes. De pronto, el avecilla, como punzada por el presentimiento súbito, se agita nerviosa y se oculta con rapidez entre las zarzas. ¿Qué le puede ocurrir? Alcen los ojos. Le ocurre que hay dos cuervos avizorándola, merodeándola, acechándola, cercándola, asediándola... El asedio se torna cada vez más exacto y concéntrico. La tienen ya, prácticamente, acorralada. No se puede evadir. Y los cuervos se abalanzan vertiginosos sobre ella. ¿La habrán atrapado? No. Inesperadamente, el avecilla se ha hundido en el agua y, los depredadores se alejan defraudados, al tiempo que una bandada de pajarillos llega a su encuentro en jubilosa algarabía.

No cabe duda que esta escena tiene una dimensión simbólica. El avecilla es Fray Luis; los dos cuervos, que nos remiten al "tigre" y al "basilisco" de la oda XV, disfrazan a

los dominicos León de Castro y Bartolomé de Medina; el río representa a la prisión; los otros pajarillos que acuden bulluciosos, cuando emerge aterido y espantado de la corriente, hacen referencia al gran recibimiento con que lo acogió la población estudiantil y la ciudad entera a su regreso de la cárcel. Luego el autor concluye:

Fue grandísimo el regocijo y la alegría que de este suceso recibió Sabino. Mas decíame, que, mirando al punto a Marcelo, le vio demudado en el rostro y turbado algo y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló; y queriéndole preguntar qué sentía, viole que, levantando al cielo los ojos, como entre dientes y con un suspiro disimulado, dijo: "Al fin, Jesús es Jesús".<sup>22</sup>

Escena conmovedora, repito, proyectiva, simbólica, piadosa. Es toda una prueba del proceso psicocrítico de su obra, proceso que pretendo verificar en sus odas.

#### Psicosociogénesis de las odas:

Conviene recordar, previamente, algunas notas típicas de la poesía luisiana. Esta se caracteriza, en líneas generales, por la sobriedad, la discreción y el decoro. Al mismo tiempo, su palabra, de la que están ausentes los ensortijamientos superficiales, es una palabra henchida de "sapiencia" y de espíritu; una palabra que se trasciende a sí misma. Fray Luis la trabajaba con meticulosidad y la pulía con la precisión y la paciencia

de un engastador de joyas. No se puede admitir de ningún modo que fueran "obrecillas" que se cayeron de sus manos moceriles, como si fuesen, poco menos, que hijas del azar. No. Son, por el contrario, fruto de madurez y de sazón; sabroso fruto de un estilista depurado; que conoce y se ocupa escrupulosamente de su oficio, "ansí en lo que se dice como en la manera en que se dice", tamizándolo todo con su razón.<sup>23</sup>

Ahora bien, para expresar su intimidad, el prefirió un tipo de estrofa, particularmente: la lira. Esta, que patentiza su italianismo formal-el italianismo luisiano, como constata Lapesa,<sup>24</sup> es sólo formal-, había sido introducida por Garcilaso con su "A Flor de Nido". Pero Fray Luis la maneja con tal naturalidad y maestría que se diría haber sido él su acuñador y aclimatador a nuestro idioma. Porque fue, realmente, el metro que mejor se ajustaría a sus afanes de concisión. Un metro como un arroyuelo que fluye destrozando su cristal sin estrépito, entre angosturas y remansos de serranía, como en su natal tierra conquense. Dámaso Alonso así lo reconoce.<sup>25</sup>

Temáticamente, sus poemas no son tampoco resultado de una emoción pasajera, sino vivencias de hondo calado; vivencias arraigadas en su inconsciente mismo. Por eso, para comprender su lírica, se debe partir, no tanto de sus fuentes y de sus modelos, cuanto de su tensión emocional. Esta, la describiría como nostalgia de paraíso y de unión; nostalgia que se acrecienta

a medida que avanza en edad. Toda su poesía, observa de nuevo D. Alonso, constituye un "desgarrado anhelo de unión".<sup>26</sup> Y Vossler encuentra que el motivo principal de su lirismo se centra en la "nostalgia de una liberación de la envoltura terrena del cuerpo, de la carne, de la limitación humana y una nostalgia de soledad y de paz".<sup>27</sup> Porque, efectivamente, llegó el momento en que todos se le transformó en prisión; prisión espiritual y metafísica, cuyos barrotes invisibles se le hicieron cada vez más reales y más bruscos, sobre todo, a partir de la injusta reclusión carcelaria. Ante esta experiencia, nostalgiaará con intensidad, los "frescos y amenos" prados de Dios que bucólicamente presentía en algunas de las noches oscuras y estrelladas, durante su confinación. Pero esa nostalgia no se debe identificar con misticismo. Ni siquiera en la famosa estrofa octava-versos 30-35-de la oda "A Francisco de Salinas", existe misticismo verdadero. Dichos versos no son, a lo sumo, más que un adentramiento momentáneo en la armonía cósmica: un éxtasis natural, si se quiere. Como anotó Lapesa, Fray Luis "era intelectual por vocación, demasiado intelectual para ser místico; por eso no concibió una contemplación superior a las actividades racionales y exenta de ellas; por eso no pudo ser un alma abismada en el amado y descubrir en El, como San Juan de la Cruz, un universo nuevo. Pero su torrencial emotividad le hacía desear el rapto místico jamás cumplido, y su humanidad nobilísima, a tirones de la tierra y el cielo, quedaba casi en volandas, sin despegar del todo, dolorosamente distendida"<sup>28</sup>.

He aquí un juicio exacto: un alma distendida. La clave de esta distensión la hallamos en las tres rimas más presentes en su versificación: "suelo", "vuelo", "cielo". Y más que la experiencia de la cosmología neoplatónico-pitagórico-cristiana, lo que vive Fray Luis es el deseo de tal experiencia; deseo que se cifra en "reducir a música interior la naturaleza exterior".<sup>29</sup>

Pues bien, llegados a este punto, debemos plantearnos ya el problema de la psicosociogénesis de su obra poética. Estimo que el criterio fundamental para afirmar el influjo de su proceso psíquico en la génesis de su poesía reside en la evolución interior de la misma. Vossler rechaza dicha evolución desde todos los puntos de vista,<sup>30</sup> en tanto que Macrí la admite, si bien, no la resalta de un modo adecuado. Desde luego, la continuidad formal se evidencia en toda su trayectoria; pero, la interioridad de los poemas cambia. En este sentido, distingo cronológicamente, tres grupos de odas: pre-carcelarias, carcelarias y postcarcelarias. La evolución psicológica entre unas y otras se detecta en una creciente intensificación de la afectividad y en cierto cambio de signo en el proceso temático. Así, de una temática, generalmente patriótico-hagiográfica, se pasa, a través del crisol carcelario, hacia una axiología más universal y más íntima.<sup>31</sup>

En las pre-carcelarias, por ejemplo, resalta la ocasionalidad de su producción, la historialidad de sus temas y la

ejemplaridad. Casi todas ellas parecen motivadas, en efecto, por alguna efemérides o celebración. Por otra parte, el contexto espiritual de su autor no es otro que el de la moralidad bíblico-sapiencial, en fusión con el mitologismo pitagórico-platónico. Son odas culturales, mayormente, de orientación didáctica y de carácter casi épico. En ellas prevalece la emoción histórica, pero carecen de vibraciones profundas.

En las carcelarias, sin embargo, lo que primero llama la atención, luego de constatar la continuidad métrica, son ciertos cambios cualitativos de la voz. Hasta aquí había sido suave, pero ahora, de pronto, se vuelve un tanto agria y clamorosa. Lo mismo ocurre con su horacionismo-senequismo, que se existencializa, mientras surge por doquier, nerviosa e hiriente, la interrogación. Los versos, igualmente, se arraigan, adquiriendo una tonalidad de matiz trágico. Tal parece como si Fray Luis, ante la experiencia de su victimidad, se desesperanzara y sublevase. O como si la nostalgia se hubiese adueñado de su espíritu: una nostalgia múltiple, insobornable y caudalosa. Y, mientras siente el desamparo, el corazón se le arrodilla suplicante o increpa. Definitivamente, la cárcel lo ha hecho lírico: un lírico hacia todas latitudes: hondo, esencial, auténtico, angustioso, rebelde.... En su poesía han aparecido, de pronto, nuevos espacios interiores, en los que se han domiciliado, como inquilinos propios, la desolación de la ausencia y el desarraigo.

Esta voz aprendida entre barrotes no le abandonará ya nunca, ni siquiera a la hora de su liberación. De la prisión como experiencia física pasará a la prisión como experiencia psicológica y metafísica. En realidad, todo se le convertirá en prisión: el cuerpo, la sociedad, el mundo.... Hay, por lo tanto, una gran continuidad interior entre las odas carcelarias y post-carcelarias. Formalmente, desde luego, no se detectan cambios. De aquí, tal vez, esa presunción de identidad plena, que sostiene Macrí:

Las dos épocas de la cárcel y de los años que a la cárcel siguieron son temáticamente inseparables, y son también continuas en tonos y afectos. Sucede que la cárcel crece en y consigo mismo, como mito existencial de una condición terrena y humana, personal y universal; y por tanto, intensifica y diferencia los diversos registros temáticos.<sup>32</sup>

Es forzoso coincidir con esta apreciación, aunque no totalmente. El proceso psicosociogenético resulta claro. En términos diferenciales, el aspecto nostálgico se purifica hacia lo ascensional y pacífico (XIV, 1-5; XIII, 60-65), tornándose más epistemológico (X; XIII, 35-40) y como de un sobrenatural bucolismo (XIII). Sin embargo, no faltan las desgarraduras secretas (XIV, 15-22; 61-62). Pero además, y como prueba clarísima de relación psicosociogenética, el tono de algunas de estas composiciones es celebrativo: un tono de júbilo, de apoteósico canto de victoria, épico:

No pudo ser vencida,  
ni lo será jamás, ni la llaneza  
ni la inocente vida  
ni la fe sin error ni la pureza,  
por más que la fiereza  
del Tigre ciña un lado,  
y el otro el Basilisco emponzoñado. (XV, págs.22-28)

Y, como consecuencia de su triunfo, un afianzamiento desbordante en sí mismo; el afianzamiento provocador y soberbio, tan típico del resentido, al decir de Marañón. Porque Fray Luis, ciertamente, provoca y reta:

El ánimo constante,  
armado de verdad, mil aceradas,  
mil puntas de diamante  
embota y enflaquece y, desplegadas  
las fuerzas encerradas,  
sobre el opuesto bando  
con paso poderoso se alza hollando. (XV, págs.35-40)

El hecho es evidente: Fray Luis abandonó la cárcel victorioso; pero, a pesar de su victoria, permanece agriado por el resentimiento. Celebra su triunfo vindicativamente y como con cierta dosis de sadomasoquismo espiritual. Los que se imaginan que el "decíamos ayer" era un "borrón y cuenta nueva", están equivocados. Su generosidad indultadora no alcanzó esos niveles de perdón. Como he indicado antes, las heridas que le asestaron las refriegas intelectuales y religiosas no se le suturaron nunca. Fray Luis fue hasta su muerte un resentido. De tal manera le

traumatizó la injusticia, que no le fue posible la verdadera sublimación.

### Conclusión:

No siempre la literatura evidencia la vida, pero en ella, como en los "tests" de Roschard, hay siempre una autoproyección. Sólo hace falta, para verla, tener preparados los ojos. En el fondo de toda creación subyace, inevitablemente, el yo del autor: una cierta dosis de autobiografismo, por más que éste se halle disfrazado. La obra luisiana lo confirma. Ciertamente que no toda su trama está tejida con fibras vitales; pero, cualquier indagador, incluso el más escéptico o ingenuo, podrá descubrir, apoco que analice, aunque diluido, un intrafondo de vida. En ocasiones, se encontrará acaso, tras la lisa apariencia de un bordador de oficio, y de un bordador de primores, como era Fray Luis, con el burdo y grosero revés de la trama.

## BIBLIOGRAFIA

- Alonso, Dámaso: "Forma exterior y forma interior en Fray Luis",  
en: Poesía española. Ensayo de métodos y de límites  
estilísticos, Madrid, Gredos, 1952, pp. 122-198
- Astrana Marín, Luis: "Prólogo" a Fray Luis, La perfecta casada,  
Madrid, Aguilar, 1946
- Bell, Aubrey F.G.: Luis de León. Un estudio del Renacimiento  
Español, Barcelona, Editorial Araluce. Sin fecha. (Ori-  
ginal en inglés: Oxford, 1952)
- Caro Baroja, Julio: Inquisición, brujería y criptojudasmo,  
Barcelona, Ariel, 1970
- Castro, Alfonso de: "Introducción" a: Fray Luis de León: Obras,  
Madrid, BAE, 1927
- Guy, Alain: Fray Luis de León, Buenos Aires, Editorial Columbia, 1963
- Lapesa, Rafael: "Las odas de Fray Luis de León a Felipe Ruiz"  
en: De la Edad Media a nuestros días, Madrid, Gredos,  
1967, pp. 172-192

Luis de León, Fray: Obras completas castellanas. Introducción y notas del P. Félix García, Madrid, BAE, 1951, 2da ed.

-----: Obras, Madrid, BAE, 1872

-----: La perfecta casada, Madrid, Aguilar, 1946

Llobera, S.J., José: Fray Luis de León. Obras poéticas, Cuenca, Talleres tipográficos del Seminario de Cuenca, 1931

Macrí, Oreste, La poesía de Fray Luis de León, Salamanca, Anaya, 1970

Marañón, Gregorio: Tiberio. Estudio de un resentimiento, Madrid

Mayáns, Gregorio: "Vida y juicio crítico del Maestro Fray Luis de León", Madrid, BAE, 1872, No. 37, Vol. II, páginas introductorias.

Schloezer, Boris de: Los caminos de la crítica, Barcelona, Edit. Planeta, 1969

Vossler, Karl: Fray Luis de León, Madrid, Espasa Calpe, 1961, 3ra ed.

## NOTAS AL CALCE

1. Boris de Schloezer, Los caminos de la crítica, Editorial Planeta, Barcelona, 1969, pág. 124.
2. Karl Vossler, Fray Luis de León, Espasa Calpe, Austral, 3ra ed., 1961, pág. 66.
3. Fray Luis de León, Obras completas castellanas, BAC, Madrid, 1951, pág. 414.
4. Oreste Macrí, La poesía de Fray Luis de León, Anaya, Salamanca, 1970, pág. 35.
5. Ibid., pág. 32.
6. Ibid., pág. 40.
7. Aubrey F.G. Bell, Luis de León. Un estudio del Renacimiento Español, Editorial Araluce, Barcelona. Sin fecha. (Original en inglés. Oxford, 1952), pág. 237.
8. O. Macrí, Op. cit. pág. 15.
9. Francisco Pacheco, Libro de la descripción de verdaderos retratos y memorables varones, Sevilla, 1599. (La cita nos llega a través de Luis Astrana Marín, en su "Prologo" a La perfecta casada, Edit. Aguilar, Col. Crisol. Madrid, 1946, págs. 23-24.
10. Vossler, Op. cit. pág. 72.
11. Los nombres de Cristo en: Fray Luis de León, Obras, Biblioteca de Autores Españoles, núm. 37, Escritores del siglo XVI, M. Rivadeneyra Editor, Madrid, 1872, Vol. II, pág. 69.
12. Cfs. Julio Caro Baroja, Inquisición, brujería y criptojudaismo, Ariel, Barcelona, 1970.

13. Otro de los enemigos de escuela de Fray Luis fue el también dominico Fray Domingo de Guzmán, hijo del poeta Garcilaso de la Vega, quien habría sido opositor de éste a la cátedra de Sagradas Escrituras, dejada vacante en 1579, a la muerte de su titular, el obispo de Segovia, Gregorio Gallo. Según el código de Fuentesol, pág. 92, un partidario de Fray Luis escribió una quintilla en la que nos presenta a los dos contendientes enamorados de la cátedra-Ana Bella-, si bien a ésta no le interesan más que los amores de Fray Luis:

"Luis y Mingo pretenden/casarse con Ana Bella;  
Cada cual pretende habella,/más según todos entienden/  
muérese por Luis ella". (Tomo la cita de José Llobera, S.J. Fray Luis de León, Obras poéticas, I, II, Talleres tipográficos del Seminario de Cuenca, 1931; vol. I, pág. XXV. También Macrí señala este episodio, Op. cit. págs. 372-373.

De Fray Domingo de Guzmán sabemos también que compuso un comentario satírico a la famosa décima luisiana (XXIII)-"Aquí la envidia y mentira..."- y, en defensa de la Inquisición. Este comentario se halla en el Ms. 243 de la Biblioteca Nacional. Alfonso de Castro lo recoge parcialmente en su "Introducción a Fray Luis, Obras, núm. 32 de la Biblioteca de Autores Españoles, Edit. de Rivañeneyra, Madrid, 1927, vol. I, pág. 10. El comentario consta de diez décimas, una por cada verso del original. He aquí las principales:

"Porque las dañosas leyes/y sectas de perdición/no estragasen  
su nación,/nuestros Católicos Reyes/fundaron la Inquisición.

La cual, como fue trazada,/estando Dios a la mira,/ salió  
tan bien concertada,/ que jamás pudieron nada/ "aquí la  
envidia y mentira".

En su justicia tan recta,/que ningún falso testigo/ni  
disimulado amigo/ emprendió hacer treta/que quedase sin  
castigo.

Ansí que es temeridad/decir el más descargado/en la cárcel de verdad,/con mentira y falsedad/"me tuvieron encerrado".

Que muy poquitos han preso/que no estén por sus pecados,/ si no quemados, tiznados,/ porque juzgan con gran peso/ en estos sacros estados.

Otro melindre gracioso,/que diga su pobre privado,/ siendo un pobre religioso,/con un modo muy brioso:"Dichoso el humilde estado".

¿Qué Don Alvaro de Luna?/¿Qué Aníbal cartaginés?/¿Qué Francisco, rey francés,/se queja de la fortuna/que le ha traído a sus pies?

La religiosa pobreza/con un mesmo rostro mira/la cordura y la esperanza;/porque ésta es la fortaleza/"del sabio que se retira".

Retiraos con reverencia,/y no con tanto desaire;/no tiréis piedras al aire,/Deo gratias, padre, paciencia,/mirad que sois hombre y fraire;/y en cuanto a Fraire, subjectos/a lo que habéis profesado/para el estado perfecto;/cuanto a hombre, a cualquier defecto/

"de aqueste mundo malvado".

.....  
Que el sabio que se desvía/del mundo y dél se descansa,/ tal enemistad le cría/que, yendo en su compañía,/"a solas su vida pasa".  
.....

Ansí que, si pretendéis/acá y acullá reposo,/humillaos, no os empinéis;/de esta suerte viviréis/"ni envidiado ni envidioso".

14. Cfr. "Respuesta a sus émulos", en Biblioteca de Autores Españoles, núm. 37, Vol. II, pág. 287.

15. Ibid.

16. Ibid.

17. Op. cit. pág. 18

18. G. Marañón, Tiberio. Historia de un resentimiento. Edit. Espasa Calpe, Col. Auatral. Son de particularísimo interés los capítulos dedicados al análisis del resentimiento en sí.

19. Los nombres de Cristo, en: Biblioteca de Autores Españoles, núm. 37, Vol. II, págs. 68-69.

20. Citado por Gregorio Mayans, Vida y juicio crítico del Maestro Fray Luis de León, en Biblioteca de AA.EE. núm. 37, Vol. II, pág. IV.

21. El mismo Lope de Vega reconoce el adeudamiento de Fray Luis a la cárcel. En su Laurel de Apolo, silva 4ta, escribe:

"Cuánto le debiste/(como en tus mismas obras encareces)/ por quién mereces/laureles inmortales. Tu prosa y verso iguales/conservarán la gloria de tu nombre".

22. Nombres de Cristo, B. de AA.EE. Núm. 37, Vol. II, pág. 182.

23. Compuestas a lo largo de toda su vida, las Odas no fueron editadas hasta después de cuatro décadas justas de su muerte. Y quien las editó fue Quevedo, uno de sus admiradores más insignes. Lope de Vega las consideraba (Laurel de Apolo, silva 4ta) como un honor de la lengua castellana". Cervantes, por su parte, concluye así el canto de Calíope, en el libro 4to de La Galatea: "Quisiera rematar mi dulce canto/en tal sazón, pastores, con loaros/un ingenio que al mundo pone espanto/y que pudiera en éxtasis robaros./En él cifro y recojo todo cuanto/he mostrado hasta aquí y he de mostraros:/Fray Luis de León es el que digo,/a quien yo reverencio, adoro y sigo".

24. R. Lapesa, "Las odas de Fray Luis de León a Felipe Ruiz", en: De la Edad Media a nuestros días, Gredos, 1967, págs. 172-192.

25. En: Poesía Española, Gredos, Madrid, 1971, Vol. I, pág. 130, escribe Dámaso Alonso: "Para una poesía de contención y de refreno, la lira era, pues, una medida apropiada. La larga estrofa petrarquesca es un invitación a la palabrería, y si el poeta se halla en un mal momento, fácilmente se deja rodar por el largo camino que se le ofrece delante. La lira, en cambio, es una constante advertencia al regreso, una invitación a la poda de todo lo eliminable. La lira, con sus cinco versos se hace enjuta, y el verso tiende a concentrarse, a nutrirse, apretándose, de materia significativa".

26. Ibid. Pág. 191.

27. K. Vossler, Op. cit. págs. 70-71.

28. Op. cit. pág. 189. Mucho se ha escrito-hasta tesis doctorales-sobre el presunto misticismo de Fray Luis. ¿Fue realmente un místico? Pienso que no. Posee, sí, una teología mística; pero no una experiencia mística. Fray Luis, existencialmente, no rebasó las fronteras del asceta, por donde se cruzan las vías "purgativa" e "iluminativa", híspidas y rocosas. Pero sus pies no alcanzaron la suave y regia calzada de la vía "unitiva".

29. Macrí, Op. cit. pág. 45.

30. Vossler, Op. cit. pág. 86.

31. La cronología de las Odas es, según Macrí (Op. cit. pág. 47), como sigue: Pre-carcelarias: I, II, IV, V, VI, VII, IX, XXII; Carcelarias: VII, XI, XVI, XVIII, XIX, XX, XXIII; Postcarcelarias: III, X, XII, XIII, XIV, XV. Personalmente, discrepo respecto a la ubicación de la "Canción de la vida solitaria" I, que él sitúa en la primera fase, y, de la vigésima, dedicada "A Santiago" Apóstol, que él ubica entre las carcelarias. Me parece

más apropiado por la crítica interna y siguiendo la cronología de Llobera (Op. cit.) en marcar la de la vida retirada (I), la más perfecta, acaso, de todas sus odas, en la tercera fase, en consonancia con el sentimiento de evasión que se detecta en la oda XXIII- "Aquí la envidia y mentira...", supuestamente escrita en las paredes de la prisión vallisoletana. Sin embargo, la de Santiago (XX), que Macrí sitúa entre las carcelarias, es más propia, dado su contenido, tonalidad y falta de perfección, de la edad juvenil. Es decir precarcelaria. Hechas estas salvedades y pareando el tiempo con el contenido, hallo que se da una cierta correspondencia entre vida y obra.

32. Macrí, Op. cit. pág. 56.